

aquel religioso, Dios le recompensó con la seguridad que le dió de la salvacion de otro. Hallándose una tarde con los hermanos, presentóse de repente con un aire lleno de alegría y les dijo : « Yo os anuncio, hermanos míos, que Dios acaba de conceder una gran gracia á nuestro hermano Cazur, que mora en el monasterio de Ptolemaida ; porque acaba de ser libertado de la prision de su cuerpo, y su alma ha sido recibida en el cielo en donde goza de una gran gloria, no solamente porque se ha sostenido siempre en la verdadera fe, sino porque ha añadido á una gran pureza el adorno de las otras virtudes. Y aun cuando alguna vez me he visto obligado á reprenderle por ligeras faltas que ha cometido, Dios le ha purificado de ellas con la enfermedad y otras aficciones que le ha enviado. » Estas faltas de que hablaba el Santo eran algun tanto de la negligencia de que Cazur se dejaba llevar en las oraciones de la noche, y de la que le había reprendido en Pabau antes de que le hubiese enviado al monasterio de Ptolemaida. Ocho dias despues, habiendo llegado los religiosos de aquel monasterio informaron á la comunidad de la muerte de Cazur, y se se vió que había expirado en el mismo momento que había dicho el Santo abad.

Había en Pabau un religioso llamado Patquelfe, que había sido casado antes de entrar en la Orden á la que tambien había llevado á su hijo. Un dia en que el Santo estaba con los hermanos, dijo de repente á Psarfio, uno de los principales del monasterio, que le hicieran venir juntamente con su hijo y otro religioso jóven que se hallaba en su celda. Cuando estuvo presente, le dijo : « ¿ Qué doctrina habeis enseñado esta noche á ese jóven, cuando hablabais juntos ? ¡ Ay ! dijo Patquelfe, ¿ cuál otra le habria yo enseñado sino la del temor de Dios ? Tened cuidado, dijo Teodoro, en lo que me decis ; porque el Señor me ha revelado por un ángel el discurso que teniais. Asi que no temais

declararlo aquí delante de todos, si vuestra doctrina es ortodoxa. »

Patquelfe no replicó, y viendo el santo abad que no quería responder, volvióse hácia los otros religiosos y les dijo : « Ha enseñado á ese jóven hermano que no resucitaríamos con nuestra propia carne, alegando por razon que nuestra carne era mala. » Despues dijo á Patquelfe : « Confesadlo ; ¿ no es esto lo que le enseñabais ? » Su hijo exclamó : « Ah, sí ; tambien quiso persuadírmelo á mí la noche antes. »

Entonces el Santo, viéndole suficientemente convencido de error y no queriendo afligirle más, sino instruirle y convertirle, le probó con muchos pasages de la sagradas Escrituras, que resucitaríamos todos con nuestra propia carne, la cual permanecería inmortal despues de la resurreccion ; de suerte que Patquelfe, persuadido de la verdad, sometióse á ella con alma y corazon y, echándose á los piés de todos los hermanos les suplicó llorando que pidiesen á Dios que le perdonase su falta, confesándola públicamente con todas las señales de un verdadero arrepentimiento.

Después de estas relaciones, Ammon cuenta todavía que habiendo ido San Teodoro, en el mes de noviembre, á una isla del Nilo con muchos religiosos á recoger madera para quemar, uno de la compañía llamado Patricio fué mordido por un gran aspid, que de tal manera le habia hincado los dientes en el pié, que tuvieron mucho trabajo en arrancárselo de él. Todos creyeron que el buen religioso iba á caer muerto ; pero San Teodoro acudió allá y le curó por la señal de la cruz. Ammon se hallaba presente á este milagro.

Añade que el 22 de este mismo mes, habiendo el Santo reunido á la hora de nona á todos los religiosos que habian ido á la isla, díjoles que hacia mucho tiempo que Dios le había dado á conocer una cosa que finalmente acababa de ordenarle que les declarase. Era esto que en los lugares en

que era adorado Jesucristo, Dios había aceptado la penitencia de aquellos que habiendo llorado sinceramente sus pecados guardaban la fe ortodoxa, y que ellas eran de este número; por lo cual debían darle humildes acciones de gracias.

Esta revelacion fue pronto confirmada por otra (Epist. Am. n. 20.), cuyas pruebas más sensibles previnieron á los hermanos contra espíritu de desconfianza. Dos horas despues de que el Santo les hubo hablado así, dijo á cuatro religiosos que fuesen á la punta de la isla á esperar á Teófilo y á Coprez, que volvian de Alejandria en un bajel. Fueron allá al instante, y este no tardó en aparecer. Apenas de lejos pudieron reconocer á Teófilo, le hicieron señal de saltar en tierra, porque su santo abad se hallaba en la isla. Fué para todos gran motivo de admiracion el ver cómo el Santo había podido saber de antemano su próxima llegada; pero todavia tuvieron mayor motivo de admiracion cuando, habiéndoles salido él mismo al encuentro y abrazado con paternal afecto, les dijo positivamente que habían tenido la dicha de ver al gran Antonio.

En efecto, tenían una carta suya que le entregaron y, despues de haberla leído Teodoro con gran consuelo, la hizo leer delante de todos los hermanos, los cuales vieron con una alegría que no puede expresarse que aquel Santo patriarca les enseñaba que habia tenido la misma revelacion que su santo abad respecto de la indulgencia que Dios concedia á los verdaderos penitentes. Al oír esto todos se echaron al suelo con el rostro en tierra, llorando de gozo y contrición, admirando la misericordia del Señor; y finalmente habiendo terminado la oracion el sacerdote que se hallaba presente, Teodoro dijo a Ammon que publicase un día, para la mayor gloria de Dios, lo que entre ellos había visto y oído en este encuentro y en los demás.

A más de las diferentes revelaciones que Ammon ha re-

ferido como testigo ocular, señala otras que habia sabido del mismo Santo, por el testimonio no sospechoso de Ausonio y Elurion, religiosos de una virtud á toda prueba. No las añadiremos aquí para evitar prolijidad, ya que lo que hemos dicho es más que suficiente para hacer ver cuánto se comunicaba Dios á este hombre santo. Pero no podemos pasar en silencio lo que él mismo dice á propósito de las revelaciones; las excelentes reglas que dá, ya para no abusar de ellas, ya para no ser engañado de las mismas, y sobre todo que se debe siempre preferir el juicio de los pastores á las revelaciones particulares.

« Conviene, dice él, usar en esto de gran circunspeccion y tener cuidado de no estimarse á sí mismo por una vana presuncion cuando se han recibido estas gracias, cuando en realidad nada somos; ó dejarse llevar del deseo de ellas con ardor cuando no se han recibido, lo cual es una suggestion del demonio, que con jello haria que toda nuestra piedad se convirtiese, por decirlo así, en humo, lo cual por desgracia ha sucedido á muchos.

« Por esto, tanto aquellos á quienes Dios ha levantado á esos dones, como los que con ellos no han sido favorecidos, deben tener igualmente bajos sentimientos de sí mismos, y rogar al Señor con un temor saludable que les conceda la gracia de no ser entregados á los suplicios eternos. Vemos, en efecto, que los más santos personajes no han usado de ellas de otro modo. ¿ No dijo David: *Guardad, Señor, mi alma y libradla?* (Ps. 24, 20.) ¿ No dice tambien San Pablo: *He sido librado del león rugiente que devora las almas?* (II Timoth., 4, 17.)

« Es cierto que tenemos que habérmolas con un enemigo fino y artificioso, que frecuentemente nos disfraza tan bien el error y la mentira cubriéndola con apariencias de verdad, que si uno no tiene un don particular de discernimiento, corre riesgo de dejarse engañar por él. Pero si

quereis una regla segura para no serlo, es la de una sumision perfecta á Dios y á sus santos siervos. Por lo cual, hermanos míos, debeis advertir que habiendo Dios, segun la profecía de David, tomado nuestra naturaleza y dejándose ver entre nosotros, no se contentó con instruirnos por su propia boca en la fe que debemos tener, y marcarnos el camino de salvacion que debemos seguir, sino que habiendo subido al cielo, dejó á los apóstoles por sucesores suyos, á los cuales hasta el presente han sucedido los obispos como nuestros pastores y padres para el alimento espiritual de nuestras almas. De suerte que los que reconocen en ellos la voz de Jesucristo y la escuchan, son los verdaderos hijos de Jesucristo, aun cuando no sean clérigos ni pertenezcan al orden eclesiástico. »

De esta manera aquel hombre santo, cuya esperiencia en las gracias de vision y revelacion no podía ser mayor, nos enseña á no juzgar nunca de ellas sino conforme á las decisiones de la Iglesia, y á preferir el juicio de los prelados que son los destinados á enseñar, á todas las luces particulares.

Ammon no moró más que tres años con San Teodoro. El Santo le reveló entonces que su madre había tenido la dicha de abrazar la fe cristiana, que la voluntad de Dios era que se retirase entre los solitarios del desierto de Nitria. Ammon obedeció, pero no partió sin derramar muchas lágrimas.

Apenas habian trascurrido seis meses despues de la partida de Ammon, cuando empezaron las persecuciones anunciadas por Teodoro. Estaba un dia Ammon conversando con sus hermanos sobre los dolores de la Iglesia y hablábales de los consuelos predichos por San Teodoro, cuando recibió una carta del mismo Teodoro. Habíala enviado por cuatro hermanos que tenian orden de buscar á Ammon en el desierto de Nitria y entregársela, á fin de que la comu-

nicase á los sacerdotes, diáconos y monges de aquel desierto á quienes iba dirigida.

Ammon la recibió un sábado y, despues de haberla leído, la mostró á los sacerdotes y al dia siguiente la leyó por orden suya en la Iglesia en presencia de todos los solitarios. El Santo hacia marcar en ella que Dios quebrantaría finalmente la audacia de los arrianos ; que tendria piedad de su Iglesia ; que esta volveria á tomar su primitivo esplendor ; que entre tanto era preciso sufrir aquellos males con sumision ; y terminó rogando que se comunicase su carta á todos los de su jurisdiccion que sufrían persecucion por parte de los arrianos. Aquellos buenos religiosos fueron maravillosamente consolados con la lectura de dicha carta. Uno de los sacerdotes, llamado Heraclides, la envió por el monge Crisógono á Dracontes, obispo de Hermópolis y de Nitria, que habia sido arrojado de su silla por los arrianos, á fin de que ella le consolase en su destierro.

Mientras que los hereges hacian sus esfuerzos para estrechar, si puede decirse asi, los límites del imperio de Jesucristo sobre las almas, esparciendo sus errores, San Teodoro procuraba extenderlo aumentando el número de los monasterios, en los que Dios fué servido con tanta fidelidad cuanto era ofendido por los impios.

Vimos en la vida de San Pacomio que este gran patriarca habia fundado nueve casas. Nuestro Santo añadió una décima desde el primer año que fué abad, cerca de Ptolemaida en la Alta-Tebaida y muy lejos de Pabau. Fundó además otras tres, dos de las cuales, llamadas Cais y Obi, por consejo de Orsise, fueron edificadas cerca de la gran Hermópolis en la extremidad septentrional de la Baja-Tebaida y la tercera cerca de Hermuti ó entre Latople y Tebas en la Alta-Tebaida ; y finalmente fundó un monasterio de mugeres en Bechré, que no distaba de Pabau sino una corta media legua, y que fué el segundo de los reli-

giosos de la Orden. (Boll. v. Pach. anot. 6. p. 331).

Hacia la visita de aquellos monasterios y se hallaba por los años 361 cerca del de Cais, cuando encontró en el Nilo á Artemio, que tenía órden del emperador de buscar á San Atanasio para prenderle, y para esto iba á Pabau, creyendo que estaria allí escondido entre los monges de Tabennes, á quienes todo el mundo sabía que amaba mucho. Al instante conoció por revelacion el designio de aquel agente del emperador, y lo declaró á los religiosos que estaban con él, Estos querian volver en seguida á Pabau para prevenir á los hermanos á fin de que no se espantasen por la llegada de Artemio ; pero el santo abad dijo que puesto que habian emprendido la visita de los monasterios á gloria de Dios, esperaba de su misericordia que tomaría buen cuidado del de Pabau y de los hermanos que allí se hallaban, y se encaminó hácia Cais.

Él no se engaño. Artemio, habiendo llegado á Pabau, hizo cercar de noche el monasterio por sus soldados y habiendo entrado en él con sus arqueros, causó al principio alguna turbacion entre los hermanos, á quienes casi al instante apaciguó Pecusio. Preguntó dónde estaba el abad, y Pecusio le respondió que pasaba la visita á los otros monasterios. Hacedme, pues, hablar, añadió él, al que ocupa aquí su lugar. Entonces se presentó Psarfino, grande economo de la órden y, tomándole Artemio en particular le dijo : « He ahí una órden que tengo del emperador para prender al obispo Atanasio quien, segun me han dicho, ha venido á esconderse entre vosotros. » Psarfino le respondió : « Todos reconocemos desde hace mucho tiempo á Atanasio por nuestro padre, y tiene como tal toda la autoridad entre nosotros ; pero yo no le he visto ; mas sin embargo, podeis registrar el monasterio. »

Artemio no dejó de buscarle en él recorriendo todos los sitios en los que podia sospechar que estaba escondido y,

no habiéndole encontrado, dijo á los religiosos que le llevasen á la iglesia, y que allí rogasen por él.

Los religiosos que se habian apercebido de que entre los de su compañía habia alguno que tenia las señales de un obispo arriano (este podia muy bien ser el desdichado Jorge, usurpador de la silla de Alejandria), le respondieron que su santo padre les habia prohibido orar con los que pertenecian al partido de los arrianos. Así que, ellos se retiraron, y Artemio se fué solo á hacer su oracion en la Iglesia ; pero salió de ella echando sangre por la nariz y grandemente espantado. No se supo positivamente lo que le habia sucedido sino que se le oyó decir que habia tenido una vision que casi le habia hecho morir de miedo. Retiróse pronto al monasterio, y habiendo vuelto San Teodoro, dió gracias á Dios, al saber la manera cómo todo habia pasado.

Despues de esto fué cuando se verificó la prediccion del Santo sobre la persecucion de Juliano el Apóstata. Habiéndose este principe revolucionado en las Galias contra Constancio, y habiendo triunfado en su rebelion se vió dueño de todo el imperio, y aun cuando al principio llamase a nuevamente á los obispos católicos á quienes su predecesor habia desterrado, no tardó en mostrar el odio que tenia en el corazon contra Jesucristo y su Iglesia.

Habiendo recibido San Atanasio, en el año 362, órdenes suyas para que saliese de Alejandria, y hasta de todo el Egipto, y sabiendo que se le buscaba para apoderarse de él y darle la muerte, se habia retirado á Antinoé¹, en la Baja-Tebaida en donde en un mismo dia Pammon, abad de los solitarios de aquella jurisdiccion, muy recomendable por su piedad, y nuestro San Teodoro, fueron á encontrarle como si se hubiesen ambos convenido. El santo prelado,

¹ Hoy dia Enseneh. Esta ciudad estaba á nueve kilómetros al sudeste de Hermópolis, sobre la orilla del Nilo.

habiendo consultado con ellos sobre lo que tenía que hacer para librarse del furor del príncipe, se determinó á retirarse en un monasterio de Tabennes del lado de Hermópolis, en el que estaría más seguro que en ninguna parte.

Subió, pues, con ellos al bajel que estaba al servicio de San Teodoro, y se tuvo cuidado de encubrirle á fin de que nadie reconociese al prelado. Como se tenia que subir contra la corriente del Nilo, y además el viento era contrario, se iba lentamente, y los religiosos de Tabennes se vieron obligados á poner el pié en tierra para tirar del bajel.

En estas tardanzas que ponian al santo prelado en peligro de ser descubierto, rogaba interiormente á Dios que le protegiese. Pammon le decía algunas palabras de consuelo para inspirarle valor; pero fortalecido él mismo por la gracia del Señor, le dijo: « Yo os aseguro que me siento tan tranquilo en esta persecucion como si estuviese en tiempo de paz, pensando que sufro por la causa de Jesucristo, y que por su misericordia, mi corazon está de tal manera dispuesto á todo lo que quiera hacer de mí, que aun cuando se tratase de la más dura servidumbre, la miraria como una gran gracia que me hacía. »

Mientras así hablaba, se apercibió que San Teodoro se soueria mirando al abad Pammon, y que este hacia lo mismo. Preguntóles la causa, y los dos abades se invitaron el uno al otro á decírsela. Por último, tomó la palabra San Teodoro diciendo: « Acaba de morir en Persia el emperador Juliano, y puede aplicársele lo que dice la Escritura: » Que el hombre vano y soberbio no prosperará siempre. « Despues de él debe reinar un emperador cristiano y muy ilustre; pero vivirá poco (este fué Joviano) ¹. Por esto no es ya necesario que vayais á ocultaros en la Tebaida; sino id más bien secretamente á la corte para

¹ Se sabe que Joviano no reinó mas que ocho meses.

prevenir á este príncipe. Os recibirá con honor y volveréis á vuestra iglesia; despues de lo cual morirá. » Esto es lo que San Atanasio contaba poco tiempo despues de la muerte de nuestro Santo en la grande iglesia de Alejandria, en presencia de Ammon que lo refiere, y de muchos otros de su clero.

Algun tiempo despues que San Teodoro hubiese predicho estas cosas á aquel santo prelado, metióse la mortalidad entre sus religiosos y no habia dia en que no muriesen uno ó dos. Como tenian costumbre de irlos á enterrar en la montaña, comenzando entonces el Nilo á inundar las tierras y no estando todavia las aguas bastante altas para ir allá con bajel, se encontraban sin saber cómo llevarian al primero que muriese, y lo preguntaron al Santo. Respondióles que Dios tendria en consideracion su fe y detendría el curso del mal; lo cual sucedió como lo habia predicho, pues no murió ningun religioso durante el tiempo restante del desbordamiento.

Pero aquel gran Santo, no menos humilde que favorecido de dones celestiales, como si hubiese temido que estos dones maravillosos le proporcionasen en aquella ocasion una demasiado alta idea entre sus religiosos, habló con ellos en seguida de las tentaciones con que era afligido, y les dijo que temia sucumbir á las mismas y ser rechazado de Dios, hallándose de continuo asediado por el enemigo de la salvacion que casi no le dejaba un momento de reposo. « Porque, añadía él, si se ha visto caer á los ángeles; si se han visto caidas entre los profetas, apóstoles y discípulos de San Pablo; cuánto motivo no tenemos nosotros de temer? »

Llevando más allá su discurso, hablóles de los peligros de esta vida, del temor y de la circunspeccion con que debemos en ella conducirnos. Dióles en seguida un consejo muy útil para combatir los vicios y adquirir las virtudes contrarias: « Yo quiero, decía, recordaros todavia una cosa que nuestro

bienaventuro Padre había recogido en las santas Escrituras, y que nos repetía frecuentemente. Esta es que, cuando uno quiere corregirse de un vicio, como sería de la cólera, si sucede, por ejemplo, que alguno se burla de nosotros, en vez de conovernos, debemos decir dentro de nosotros mismos : Bien ; he ahí que he ganado una pieza de plata para mi provecho. Y si se añade el insulto á la burla, debemos tambien decirnos : he ahí nuevamente otra mayor ganancia á hacer, y no hay que dejarla escapar sin provecho. Es cierto que decidiéndose á portarse de este modo en tales ocasiones, se llegará á domar la cólera ; y qué progreso no se hará, qué méritos no se recogerán si se tienen frecuentemente ocasiones semejantes y si uno se aprovecha de ellas de este modo ? Pero lo que hace que no nos sostengamos en tales casos, es el que nosotros somos completamente carnales y nuestras afecciones son completamente llevados á las cosas sensibles. »

Para dar un justo peso á esta excelente práctica, confirmábala con el ejemplo de los santos mártires, que no se contentaban con sufrir los tormentos con una paciencia heroica, sino que además rogaban por sus perseguidores. Y por último terminó su discurso, con estas hermosas palabras muy á propósito para excitar á la paciencia á los que tienen algo que sufrir por el amor de Jesucristo.

« Pero dime, te ruego, oh hombre ; qué has podido hacer que pueda ponerse en parangon con la herencia que Dios te prepara ? ¿ Acaso por haber sufrido persecucion y aun la muerte por el nombre de Jesucristo ? ¿ No seriais bastantemente recompensado de ello por los solos aplausos de los hombres, si la recompensa debía ser proporcionada á la accion tomada en sí misma ? Porque ¿ quién hay que no tribute alabanzas á los que verdaderamente han servido á Dios y sobre todo á los santos mártires ? Pero admirad aquí la infinita bondad de Dios al darte la herencia

celestial por las penas ó la muerte que has sufrido. Pórtase contigo á la manera de un hombre que dijese á todos cuantos viese : Venid, traedme todos los vasos de tierra que teneis, dejadme en libertad de disponer de ellos á mi gusto, y de romperlos, si quiero, y en su lugar os daré vasos de oro enriquecidos con piedras preciosas. »

Despues que hubo así hablado á sus religiosos, tomó consigo á los más considerables de la congregacion, y á los que tenían mejor voz para cantar, y salió al encuentro de San Atanasio que se aprovechaba de la paz de que gozaba la Iglesia, para hacer la visita del Egipto, y se dirigia á la Tebaida por el Nilo. Encontróle bajo la diócesis de Hermópolis, y apenas desde lejos le pudieron reconocer sus religiosos, se adelantaron hácia él apresuradamente como hácia su buen padre á quien respetaban y amaban con todo su afecto. Habia en ambas orillas del rio una multitud innumerable de personas, entre las cuales se hallaban muchos obispos, muchos eclesiásticos y gran número de monjes que habian acudido allá de todos los puntos vecinos.

Cuando San Atanasio vió que se acercaba la comitiva de San Teodoro, dijo de aquellos religiosos las palabras del profeta : *¿ Quiénes son esos que vuelan como nubes y que vienen á mí como palomas con sus pequeñuelos ?* (Isaia, 60, juxta inter 70.) Teodoro hizole por de pronto saludar por los ancianos, despues de los cuales, acercándosele para ofrecerle á su vez sus respetos, el santo patriarca tomóle afectuosamente por la mano y le preguntó con una bondad paternal cómo iba su congregacion. El santo abad le respondió que todo iba bien, y al mismo tiempo sus religiosos, que eran en número de ciento, empezaron á cantar salmos y cánticos.

San Atanasio, habiendo puesto el pié en tierra, montó sobre un asno ; y San Teodoro, cogiendo la brida, marchó